



LA TEORÍA DE LA ACCIÓN COMO CAMPO DE CONTIENDA POLÍTICA

[Caillé, Alain (2010). *Teoría anti-utilitarista de la acción. Fragmentos de una sociología general*, Buenos Aires, Waldhuter]

Javier Cristiano

CIECS – Unidad Ejecutora CONICET

javier.cristiano.m@gmail.com

No abundan en castellano las traducciones del actual debate sociológico en torno a la acción. *Los resortes de la acción* de Bernard Lahire (Bellaterra, 2004), *El amor y la justicia como competencias*, de Luc Boltanski (Ammortu, 2000), o *Creatividad, acción y valores* de Hans Joas (UNAM, 2002), son excepciones a una regla que obliga al lector de habla hispana a conocer la discusión de segunda mano. He aquí un primer motivo para celebrar la publicación de este libro. El segundo es que se trata de un trabajo introductorio y de síntesis a la vez: además de ser un primer acercamiento a las ideas del autor, esboza los lineamientos de la teoría de la acción que en cierto modo las sintetiza. Por último, pero no en orden de importancia, es un libro que busca politizar la teoría de la acción, un tema cargado de implicancias normativas pero donde la sofisticación técnica suele ser más importante. Puede decirse, y adelantamos con esto la principal tensión del libro, que se trata de un texto más convincente en lo político que en lo teórico, aunque esto no implica que su aporte teórico sea menor.

Algunos datos contextuales servirán seguramente a los lectores. Alain Caillé es el inspirador y principal representante en Francia del “Movimiento Anti Utilitarista en Ciencias Sociales”, MAUSS, que reivindica precisamente la herencia de Marcel Mauss y de su “Ensayo sobre el don”. Es decir, uno de los grandes aportes de la ciencia social contra el individualismo egoísta y su pretensión de universalidad. El MAUSS intenta contrarrestar lo que interpreta como respaldo filosófico de esa pretensión, el utilitarismo, en tanto aspecto de una lucha más amplia contra el capitalismo y el individualismo egocéntrico en



general. La teoría de la acción de Caillé pretende fundar una “sociología general” precisamente bajo esa inspiración. Y debe anotarse que el MAUSS ha ganado adhesiones fuera de Francia y particularmente en Latinoamérica, donde sus ramificaciones van actualmente en aumento (se puede encontrar información en el boletín que el grupo publica en castellano y portugués: www.jornaldomauss.org/periodico).

En segundo lugar es importante no perder de vista el contexto de la sociología francesa de la acción, con la que el libro dialoga más allá de las citas directas. Caillé se ubica en este sentido en una posición equidistante de sus dos principales figuras, Raymond Boudon y Pierre Bourdieu, a quienes considera unidos por la adhesión a lo que llama “la axiomática del interés”. En pocas palabras, comparten a pesar de sus diferencias la idea de que el interés es el resorte principal de la acción, lo que conecta a ambos, no sólo a Boudon, con las raíces mismas del utilitarismo.

Tercero, el libro se ubica expresamente en la estela de discusión promovida a partir de *La lucha por el reconocimiento* de Axel Honneth y en consecuencia en uno de los debates centrales de la teoría crítica de los últimos años. Aunque el tema no tiene en el libro el desarrollo que cabría esperar - Caillé le dedica nada más que un Anexo-, es sin duda uno de los espacios en que quiere ser leído y sobre los que pretende incidir.

La obra se divide en dos partes, dedicadas respectivamente a la dimensión individual y colectiva de la acción. La primera se inicia con un rechazo a la “axiomática del interés”, a la que Caillé considera el sustrato hegemónico de la teoría de la acción en su conjunto. Acude en consecuencia a Mauss y a su análisis del don para postular la hipótesis de que los cuatro componentes del don -la obligación, la libertad, el altruismo y el egoísmo- pueden considerarse aspectos de toda acción y no sólo de un tipo particular. De ello se desprende una gramática básica que relativiza la importancia del egoísmo y el autointerés y que define cuatro “nortes” o “resortes” estructurales de la acción: el interés por sí mismo, el interés por el otro o “empatía”, la obligación y la libertad o espontaneidad creadora.



Toda la primera parte (los capítulos 1 a 5) consiste en una ampliación y complejización de este esquema general. El primero presenta sus aspectos básicos hasta agrupar en cada uno de los polos un conjunto de temas y conceptos que dan idea de su calado, más allá incluso de la sociología y de la ciencia social. El segundo ensaya una presentación más compleja del mismo esquema y extrae algunas de sus consecuencias para temas centrales de la sociología, como la cuestión del “orden social”, tematizable de distinto modo según se tome en cuenta uno u otro de esos “resortes”. El tercer y el cuarto capítulo profundizan un poco más, distinguiendo los componentes internos de cada polo y tratando de mostrar, apelando a descubrimientos recientes de la ciencia natural, que todos forman parte del sustrato biológico de diversas especies. El quinto, titulado “Teoría de la acción y sujeto”, es el más resueltamente normativo. Postula que lo que hace sujeto a un actor es la capacidad de trascender el interés por sí mismo, y esboza lo que podría llamarse una concepción arendtiana-maussiana del sujeto, en la que el polo de la “libertad”, la espontaneidad y la “generatividad” -la capacidad de ser y hacer algo nuevo en el mundo- es más importante que la defensa del propio interés. “Se llega así -escribe Caillé- a una antropología y a una teoría de la acción que son, al mismo tiempo, mucho más optimistas y más pesimistas, más tranquilizadoras y más trágicas, que las teorías monistas de la acción” (p. 94). Y ello porque, por un lado, permite pensar que la atención al otro y el compromiso altruista no son simples ilusiones, pero al mismo tiempo define un nuevo escenario de conflictos en torno a la pulsión por convertirse en sujeto. De ahí la conexión con el reconocimiento y la trama de relaciones posibles con los trabajos de Honneth y de sus críticos.

La segunda parte, más compleja y heterogénea, se refiere a lo que el autor llama el “cuasi sujeto colectivo”, aquél que forma una sociedad cuando se toma como un todo. Más que los problemas clásicos de la “acción colectiva” o los movimientos sociales, lo que le interesa es la acción instituyente de todo grupo social, el acto fundante que le da existencia e identidad. En ese acto, sostiene, se entablan relaciones con dos tipos de alteridades: los fenómenos “invisibles” que forman su entramado imaginario -los espíritus, los dioses, los



antepasados- y los otros humanos contemporáneos distintos de nosotros –los otros grupos, las otras sociedades. Propone denominar “lo religioso” al primer plano y “lo político” al segundo, de lo que se sigue una concepción de lo político y lo religioso como instituciones primeras de toda sociedad, una especie de grado cero de la socialidad al mismo tiempo universal y particular en sus concreciones.

Los tres capítulos de la segunda parte se organizan a partir de esta idea. El sexto aborda “lo religioso” como distinto de “la” religión, institución histórica que en general desempeña funciones de estabilización, más que funciones instituyentes. El séptimo es una transición al siguiente cuyo tema genérico es la autonomía de lo económico y de los órdenes funcionales en general. Caillé se introduce allí en el debate sociológico sobre la diferenciación funcional para sostener en lo esencial dos cosas: que existe tanto una tendencia a la autonomización de “órdenes funcionales” como una tendencia a su imbricación, y que lo económico, en tanto orden funcional específico, se encuentra incrustado (*embedded*) en lo que llama “socialidad primaria”. Esa socialidad se refiere al conjunto de las relaciones de persona a persona tal como se estructuran “en la familia, el vecindario, la camaradería o la vida asociativa” (p. 137), y la hipótesis que propone es que en ella tiene particular incidencia la lógica del don. La socialidad primaria hace las veces en consecuencia de “contexto general” de todos los órdenes funcionales, un contexto que por definición no es funcional ni se encuentra ordenado de un modo previsible. El octavo capítulo, dedicado a “lo político”, da el giro definitivo al mismo razonamiento: ese nivel de la socialidad primaria se confunde con lo político precisamente como la instancia instituyente de la sociedad, como “relación de las sociedades con sus propia indeterminación” (p. 151). De ahí que tampoco deba confundirse *la* política con *lo* político, el Estado y el monopolio de la violencia con la potencia dinámica creadora de sociabilidad.

Esta apretada síntesis del contenido da cuenta de la diversidad y la complejidad del libro, que dificulta ensayar un juicio taxativo sobre todos sus aspectos. Se pueden hacer sin embargo algunas observaciones, distinguiendo cuestiones de forma y de contenido. En lo formal, está claro que se trata de un



libro introductorio, por lo menos en el sentido de que sus argumentos y líneas de razonamiento se presentan de un modo general y requieren todavía mucha argumentación. El subtítulo del libro, “Fragmentos de una sociología general”, es en este sentido más certero que el título, que promete una “teoría anti utilitarista de la acción” en realidad apenas esbozada.

También en el plano formal debe tomarse nota de que se trata de un libro fragmentario, en parte porque varios de los capítulos habían sido objeto de publicaciones previas. Aunque hay modificaciones respecto de los originales, el libro ofrece resistencia a una lectura de conjunto y no es fácil, más allá de la remisión a la temática del don, elaborar las conexiones entre sus partes. Así, por ejemplo, entre el esquema general de las polaridades de la acción de los primeros capítulos y los análisis sobre la sociabilidad primaria de los últimos, no hay ninguna relación explícita, algo que echa en falta más allá de lo estimulante de pensar el vínculo por cuenta propia. Caridad hermenéutica mediante, el lector puede dar por hecho que esos vínculos existen y están bien establecidos, pero la duda también es posible y las especificaciones no estarían demás.

En el plano de los contenidos, el libro acierta sin duda, como dijimos al principio, en politizar la teoría de la acción. La pregunta implícita que atraviesa sus páginas es qué teoría de la acción debiéramos construir para alentar nuestras expectativas de un orden social más justo y para combatir con más eficacia al que tenemos. La pregunta no es nueva pero su formulación es sin duda importante, sobre todo en el actual contexto histórico y político. De hecho, pareciera que la sociología de la acción no la tiene ya entre sus prioridades y que los escritos que Habermas produjo de hace treinta años son su última actualización de envergadura.

También es un aporte destacable el ubicar al concepto de “interés” en el centro del debate, de un modo que, si bien no es del todo novedoso, es por lo menos poco habitual. Caillé tiene el mérito de advertir que se trata de una palabra de derecha y de izquierda al mismo tiempo, y que es convocada con la misma intensidad por los partidarios del individualismo liberal y por sus críticos más acérrimos, de Marx a Pierre Bourdieu. En este sentido, la idea de que una



teoría de la acción debiera romper con la centralidad del interés es sugerente y valiosa, polémica en el mejor de los sentidos y estimulante de más de una discusión prometedora.

Del lado del debe hay que anotar algunas exageraciones y ambigüedades conceptuales, que son atribuibles quizás al carácter *in progress* y a la factura polémica del libro, pero que también comprometen algunos de sus argumentos. Entre las exageraciones está la idea de que el utilitarismo es la filosofía implícita de buena parte -si no toda- la teoría sociológica de la acción, lo que implica desatender la importancia que la crítica explícita al utilitarismo ha tenido en esa tradición. Por nombrar lo más conocido: Parsons construyó *La estructura de la acción social* a partir de una crítica al utilitarismo y Alvin Gouldner hizo de la ruptura con el utilitarismo la clave de lectura de la propia constitución de la sociología. Seguramente no es el mismo “utilitarismo” del que habla Caillé, y obviamente los planos de discusión son distintos. Pero ignorar estos antecedentes debilita la propuesta y ofrece flancos de objeción relativamente fáciles para quien busque atacar las apuestas del libro.

En cuanto a las ambigüedades, la más notable es la propia idea de “utilitarismo”, que no tiene a lo largo del libro ninguna clarificación sistemática. Más aún, se entremezcla con nociones próximas pero no idénticas, como individualismo, racionalismo, egoísmo y algunas otras. Más allá de los estilos intelectuales, y de la importancia que se asigne a la precisión conceptual, está claro que poner todo en un mismo plano permite argumentar más o menos fácilmente “en contra de”, pero también facilita la réplica de los eventuales defensores. Por ejemplo: se puede poner en discusión el supuesto del “egoísmo universal”, como lo hace Caillé, apelando a las argumentaciones en torno al don y mostrando la importancia antropológica del altruismo. Pero esto no alcanza para combatir al individualismo metodológico y a la teoría de la elección racional, que en absoluto dependen del dogma antropológico del egoísmo y que tienen sus mejores argumentos en el plano metodológico. Uno puede simplemente ignorar estos detalles, pero la consecuencia es convencer sólo a los convencidos, o convencer a menor profundidad.



En resumen, el libro vale por lo que sugiere, por lo que invita a pensar, por los argumentos que esboza y que anima a profundizar, por los debates que abre y muy especialmente por el espíritu de su apuesta política. Pero también deja la sensación de un trabajo demasiado ambicioso y todavía poco articulado, necesitado de apuntalamiento precisamente para hacer valer sus consecuencias políticas.

Referencias bibliográficas:

BOLTANSKI, Luc. (2000). *El amor y la justicia como competencias. Tres ensayos de sociología de la acción*. Buenos Aires: Amorrortu.

JOAS, Hans. (2002). *Creatividad, acción y valores: hacia una teoría sociológica de la contingencia*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

LAHIRE, Bernard. (2004). *El hombre plural. Los resortes de la acción*. Barcelona: Bellaterra.